

**CELEBRACIÓN DE PENITENCIA
Y ACTO DE CONSAGRACIÓN AL INMACULADO CORAZÓN DE
MARÍA**

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO
Basílica de San Pedro**

Viernes, 25 de marzo de 2022

En el Evangelio de hoy de la Solemnidad de hoy, el Ángel Gabriel habla *tres veces* y se dirige a la Virgen María.

La primera vez, al saludarla, le dice: "Alégrate, llena eres de gracia: el Señor está contigo" (Lc 1, 28). El motivo del gozo, el motivo del gozo, se revela en pocas palabras: *el Señor está contigo* . Hermano, hermana, hoy puedes escuchar estas palabras dirigidas a ti, a cada uno de nosotros; puedes hacerlos tuyos cada vez que te acerques al perdón de Dios, porque allí el Señor te dice: "Yo estoy contigo". Con demasiada frecuencia pensamos que la Confesión consiste en ir a Dios con la cabeza inclinada. Pero no somos ante todo nosotros los que volvemos al Señor; es él quien viene a visitarnos, a colmarnos de su gracia, a regocijarnos con su alegría. *Confesarse es dar al Padre la alegría de levantarse de nuevo*. En el centro de lo que viviremos no están nuestros pecados, estarán allí, pero no están en el centro; su perdón: este es el centro. Tratemos de imaginar si en el centro del Sacramento estuvieran nuestros pecados: casi todo dependería de nosotros, de nuestro arrepentimiento, de nuestro esfuerzo, de nuestros compromisos. Pero no, en el centro está ÉL, que nos libera y nos pone de nuevo en pie.

Devolvamos *el primado a la gracia* y pidamos el don de comprender que la Reconciliación no es ante todo nuestro paso hacia Dios, sino su abrazo que nos envuelve, nos asombra, nos conmueve. Es el Señor quien, como en Nazaret de María, entra en nuestra casa y trae un asombro y una alegría antes desconocidos: la alegría del perdón. Pongamos en primer plano la perspectiva de Dios: volveremos a apegarnos a la Confesión. La necesitamos, porque todo renacimiento interior, todo giro espiritual comienza desde aquí, desde el perdón de Dios.No descuidemos la Reconciliación, pero redescubramosla como *Sacramento de la alegría*.. Sí, el sacramento de la alegría, donde el mal que nos avergüenza se convierte en ocasión de experimentar el cálido abrazo del Padre, la dulce fuerza de Jesús que nos sana, la "ternura maternal" del Espíritu Santo. Este es el corazón de la Confesión.

Y luego, queridos hermanos y hermanas, sigamos adelante para recibir el perdón. Vosotros, hermanos que administráis el perdón de Dios, sed quienes ofrezcan a los que se acercan la alegría de este anuncio: *Alegraos, el Señor está con vosotros*. Sin rigidez, por favor, sin

obstáculos, sin molestias; puertas abiertas a la misericordia! Especialmente en la Confesión, estamos llamados a personificar al Buen Pastor que recoge a sus ovejas y las acaricia; estamos llamados a ser canales de gracia que derramen en la sequedad del corazón el agua viva de la misericordia del Padre. Si un sacerdote no tiene esta actitud, si no tiene estos sentimientos en el corazón, mejor que no se confiese.

Por segunda vez el Ángel le habla a María. A ella, turbado por el saludo recibido, le dice: "No temas" (v. 30). Primero: "El Señor está contigo"; segunda palabra: "No temas". En la Escritura, cuando Dios se presenta a quienes lo acogen, le gusta decir estas dos palabras: *no tengáis miedo*. Se las dice a Abrahán (cf. *Gn 15,1*), se las repite a Isaac (cf. *Gn 26,24*), a Jacob (cf. *Gn 46,3*) y así sucesivamente, hasta José (cf. *1,20*) y a María: no temáis, no temáis. De esta manera nos envía un mensaje claro y consolador: cada vez que la vida se abre a Dios, el miedo ya no puede tenernos como rehenes. Porque el miedo nos tiene como rehenes. Tú, hermana, hermano, si tus pecados te asustan, si tu pasado te preocupa, si tus heridas no cicatrizan, si las continuas caídas te desmoralizan y pareces haber perdido la esperanza, por favor no temas. Dios conoce tus debilidades y es mayor que tus errores. Dios es más grande que nuestros pecados: ¡Él es mucho más grande! Una cosa os pide: vuestras debilidades, vuestras miserias, no las guardéis dentro de vosotros; Llévenselas a Él, déjenlas en Él, y de motivos de desolación se convertirán en oportunidades de resurrección. ¡No temas! El Señor nos pregunta por nuestros pecados. Me viene a la mente la historia de aquel monje del desierto, que había dado todo a Dios, todo, y llevado una vida de ayuno, penitencia, oración. El Señor le pidió más. "Señor, te lo he dado todo", dice el monje, "¿qué falta?". "Dame tus pecados". Por eso nos pide el Señor. No temas.

La Virgen María nos acompaña: ella misma echó en Dios su turbación, el anuncio del Ángel le dio serios motivos para temer. Él le propuso algo impensable, que estaba más allá de sus fuerzas y que ella sola no podría manejar: habría demasiadas dificultades, problemas con la ley mosaica, con José, con la gente de su país y su gente. Todas estas son dificultades: no temas.

Pero María no pone objeciones. *Le basta no temer*, le basta la seguridad de Dios, se aferra a Él, como queremos hacer esta noche. Porque muchas veces hacemos lo contrario: partimos de nuestras certezas y, sólo cuando las perdemos, vamos a Dios. Nuestra Señora, en cambio, nos enseña a partir de Dios, confiando que así todo lo demás será dado a nosotros (cf. *Mt 6,33*). Nos invita a ir a la fuente, a ir al Señor, que es el remedio radical contra el miedo y el mal de vivir. Esto lo recuerda una hermosa frase, reproducida arriba de un confesionario aquí en el Vaticano, que se dirige a Dios con estas palabras: "*Apartarse de Ti es caer, volver a Ti es levantarse de nuevo, permanecer en Ti es existir*". (cf. San Agustín, *Soliloquium I, 3*).

En estos días siguen entrando en nuestras casas noticias e imágenes de muerte, mientras las bombas destrazan las casas de muchos de nuestros hermanos y hermanas ucranianos desarmados. La guerra brutal, que ha golpeado a muchos y hace sufrir a todos, causa miedo y consternación en cada uno. Sentimos una sensación de impotencia e insuficiencia en el interior. Necesitamos que nos digan "no temáis". Pero no basta la tranquilidad humana, se necesita la presencia de Dios, la certeza del perdón divino, el único que anula el mal, desactiva el rencor, devuelve la paz al corazón. Volvamos a Dios, volvamos a su perdón.

Por tercera vez el Ángel vuelve a hablar. Ahora le dice a Nuestra Señora: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (*Lc*1.35). "El Señor está contigo"; "No temas"; y la tercera palabra es "el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros". Así interviene Dios en la historia: dando su propio Espíritu. Porque en lo que importa nuestra fuerza no es suficiente. Nosotros solos somos incapaces de resolver las contradicciones de la historia o incluso las de nuestro corazón. Necesitamos la fuerza sabia y mansa de Dios, que es el Espíritu Santo. Necesitamos el Espíritu de amor, que disuelve el odio, apaga el resentimiento, apaga la codicia, nos despierta de la indiferencia. Ese Espíritu que nos da armonía, porque Él es armonía. Necesitamos el amor de Dios porque nuestro amor es precario e insuficiente. Al Señor le pedimos tantas cosas, pero muchas veces nos olvidamos de pedirle lo más importante y lo que Él quiere darnos: el Espíritu Santo, es decir, la fuerza para amar. Sin amor, de hecho, ¿qué ofreceremos al mundo? Alguien dijo que un cristiano sin amor es como una aguja que no cose: pica, duele, pero si no cose, si no teje, si no une, no sirve. Me atrevo a decir: no es cristiano. Para esto es necesario sacar del perdón de Dios la fuerza del amor, sacar el mismo Espíritu que descendió sobre María.

Porque, si queremos que el mundo cambie, primero debe cambiar nuestro corazón. Para ello, hoy dejémonos llevar por la mano de Nuestra Señora. Miremos su Inmaculado Corazón, donde reposó Dios, el único Corazón de una criatura humana sin sombras. Ella es "llena de gracia" (v. 28), y por tanto vacía de pecado: en ella no hay rastro de mal y por eso con ella Dios pudo comenzar una nueva historia de salvación y de paz. Allí, la historia dio un giro. Dios cambió la historia llamando al Corazón de María.

Y hoy también nosotros, renovados por el perdón, llamamos a ese Corazón. En unión con los Obispos y los fieles del mundo, deseo solemnemente llevar al Inmaculado Corazón de María todo lo que estamos viviendo: renovarle la consagración de la Iglesia y de toda la humanidad y consagrarle, en un manera particular, el pueblo ucraniano y el pueblo ruso, que con afecto filial la veneran como Madre. No es una fórmula mágica, no, no es eso; pero es un acto espiritual. Es el gesto de la entrega plena de los hijos que, en la tribulación de esta guerra cruel y de esta guerra sin sentido que amenaza al mundo, recurren a la Madre. Como los niños, cuando se asustan, acuden a su madre a llorar, a buscar protección. Acudimos a la Madre, echando miedo y dolor en su Corazón, entregándonos a ella.

De labios de María salió la frase más hermosa que el Ángel pudo devolver a Dios: "Hágase en mí según tu palabra" (v. 38). La de Nuestra Señora no es una aceptación pasiva o resignada, sino el deseo vivo de adherirse a Dios, que tiene "planes de paz y no de infortunio" (*Jr* 29,11). Es la participación más cercana a su plan de paz mundial. Nos consagramos a María para entrar en este plan, para ponernos a disposición plena de los planes de Dios. La Madre de Dios, después de haberle dicho sí, emprendió un largo camino cuesta arriba hacia una región montañosa para visitar a su prima embarazada (*cf.*1.39). Ella se fue a toda prisa. Me gusta pensar en Nuestra Señora que tiene prisa, siempre así, Nuestra Señora que se apresura a ayudarnos, a mantenernos a salvo. Llevad hoy nuestro camino de la mano: conducidlo por los caminos empinados y fatigosos de la fraternidad y del diálogo, conducidlo por el camino de la paz.

Vaticano, Basílica de San Pedro, viernes 25 de marzo de 2022.

Francisco

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

Gentileza de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, a través de press.vatican.va.

**Oficina de Comunicación y Prensa
Conferencia Episcopal Argentina**

